

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

60-61-62

ENERO-DICIEMBRE

1956

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

LIC. SALVADOR AZUELA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynex

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
María de la Luz Grovas	<i>La Asociación de Universitarias Mexicanas y la Cátedra de Verano de 1956</i> 13
Palma Guillén de Nicolau D'Olwer	<i>La mujer en la historia de México</i> 23
Luz Vera	<i>El feminismo en el México Independiente</i> 45
Paula Gómez Alonzo	<i>Ensayo sobre la filosofía en Sor Juana Inés de la Cruz</i> 59
Dionisia Zamora Pallares	<i>La mujer en la educación</i> 75
Soledad Anaya Solórzano	<i>La mujer y la paz</i> 83
Ana María Flores	<i>La mujer y la ciencia</i> 101
María Esther Talamantes	<i>La mujer y la política</i> 109
Esperanza Pulido	<i>La mujer mexicana en la música</i> 119
Remedios A. Ezeta	<i>La mujer mexicana ante el Derecho</i> 135
Marianne O. de Bopp	<i>La mujer en la Universidad</i> 147
María Teresa Chávez	<i>La mujer en la familia</i> 165

	Págs.
María del Rosario Oyarzun	<i>La mujer y la justicia</i> 185
Irene Talamás de Kitain	<i>La mujer en la medicina</i> 197
María del Carmen Ruiz Cas- tañeda	<i>La mujer mexicana en el periodismo</i> 207
Guillermina Llach	<i>La enfermera y la trabaja- dora social</i> 223
Martha Chávez de Velázquez	<i>La mujer y la Reforma Agraria</i> 235
Rosa Krauze de Kolteniuk	<i>El último ensayo de Antonio Caso (La muerte y el ser)</i> 245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan A. Ortega y Medina	<i>El cristianismo antiguo.</i> (Charles Guignebert) 261
Vicente T. Mendoza	<i>La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes.</i> (Miguel León Portilla) 264
Agustín Millares Carlo	<i>Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII.</i> (J. Luis Maneiro y Ma- nuel Fabri) 272
Agustín Millares Carlo	<i>Poesías españolas.</i> (Diego José Abad) 274
Eduardo Luquín	<i>El estado mental de los tuberculosos.</i> (José Torres) 275
María del Carmen Landero R.	<i>Símbolo y deseo.</i> (Oswaldo Robles). 285
César Rodríguez Chicharro	<i>La bruma lo vuelve azul.</i> (Ramón Rubín) 290
César Rodríguez Chicharro	<i>El corrido de la Revolución Mexi- cana.</i> (Vicente T. Mendoza) 293

	Págs.
Eduardo Blanquel	<i>Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan.</i> (Diego Arenas Guzmán) 295
Inés Vargas de Núñez	<i>La philosophie indienne.</i> (H. de Glasenapp) 298
Alfonso Zahar Vergara	<i>Samuel Ramos.</i> (Su filosofar sobre lo mexicano.) (Juan Hernández Luna) 304
J. H. L.	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras 311

LA MUJER EN LA EDUCACION

Está fuera de discusión el hecho de que el magisterio es la especialidad profesional que más temprano se ha franqueado a la mujer.

Por lo menos la protección y dirección de la infancia son corolarios de la maternidad, extensiones casi biológicas del natural interés que las mujeres normales sienten por los niños.

De las hondas, misteriosas raíces de la vida viene esta capacidad de donación de sí misma que no se limita a favorecer a los niños; sino que, estimulada o no, persiste por toda la vida y se traduce en influencia reguladora en los actos triviales de la vida y, mediante cultivo, se puede elevar indefinidamente, como lo demuestran hechos que, por frecuentes, no necesito mencionar.

Del poder conservador de la mujer, de su influencia afectiva y su capacidad de organización nació el hogar, básica agrupación humana, que sin esos factores no puede subsistir.

La escuela elemental descansa también sobre las prendas femeninas; pero ni ha sido ni puede ni debe ser siempre fruto de fuerzas instintivas y repetición automática de los procedimientos que la vida y la sociedad han establecido. La mujer maestra y la escuela donde actúa ganan con la orientación sistemática y progresiva.

En tiempos ya remotos se iniciaba la formación del hombre en aquel rincón del hogar donde convivían los niños con las mujeres y los esclavos.

Los futuros hombres libres salían de ese grupo, cambiaban de ambiente y de género de vida, al aumentar su edad; la manumisión del esclavo, la elevación social y cultural de la mujer han costado tiempo, esfuerzos, dolor.

La escuela para niños, para niñas y después para párvulos han evolucionado paulatinamente, a medida que se ha creado la serie de disci-

plinas científicas que interpretan las condiciones del organismo y de la mente del educando a través de su vida. Paralelamente las maestras (y en su oportunidad los maestros) han requerido la consiguiente preparación profesional.

En efecto: todavía durante el siglo pasado las escuelitas de primeras letras, con su invariable plan de estudios que abarcaba el enseñar a leer, escribir y contar, amén del catecismo, diferían poco de las escuelas de amiga que, trescientos años antes, eran atendidas por mujeres entradas en años carentes de obligaciones maternas que cumplir y fuentes de ingresos para sostenerse. Ellas lidiaban como podían con chiquillos de cuatro a seis o siete años y repetían sin modificación las mismas enseñanzas.

En nuestro país la preparación escolar de las maestras se formalizó durante el siglo XIX. La Normal para Profesoras de la Ciudad de México tuvo por antecedente inmediato la institución fundada por el presidente Juárez en 1869: la llamó Escuela Secundaria para Señoritas y acudieron a ella para cultivarse damitas distinguidas que solían recibir, en su hogar o en escuelas atendidas por religiosas, enseñanzas "de adorno": determinado tipo de pintura, bordado y otras labores de aguja, música y francés; esto último para leer obras escrupulosamente escogidas para ellas; desde luego el *Telémaco* de Fenelón.

Los padres de familias de la clase media vieron con buenos ojos la asistencia de sus hijas a la Escuela Normal, entendidos de que serían maestras de niñas exclusivamente.

Las escuelas normales pusieron en circulación talentos que se habían mantenido ocultos en hogares acomodados. Las muchachas que convivieron en ellas con las procedentes de familias mucho más pobres ganaron en flexibilidad de trato, amplitud de criterio y, desde luego, en productividad.

En la Escuela Primaria sobrevino la reunión de maestros de un sexo con los de otro e igual cosa ocurrió con los niños. La estadística de cualquier año escolar nos muestra cómo, en las escuelas primarias, son mucho más numerosas las maestras en servicio que los profesores.

Hay algunas razones que expliquen ese hecho: los varones suelen estudiar otra carrera y dejar el magisterio; las mujeres, hasta hace unos veinticinco años, pocas veces lo hacían; en cambio era frecuente que al casarse dejaran de trabajar y entonces se encontraban en mayoría las

L A M U J E R E N L A E D U C A C I O N

maestras definitivamente solteras, a quienes la Educación Pública debe servicios impagables: en la escuela se ha consumido devotamente buen número de elevadas, purísimas vidas femeninas.

Los cambios sociales ocurridos en el país durante la revolución han llevado a la escuela, como estudiantes primero y como maestros en seguida, a personas surgidas de las clases más humildes en la escuela primaria, como en el jardín de niños, se ha ido realizando la convivencia de varones y mujeres. En el magisterio continúa siendo muy valiosa la aportación femenina. Docencia, dirección y supervisión cuentan con verdaderos modelos de capacidad, preparación, celo y generosidad. Al declararlo no pretendo menospreciar los méritos de los maestros que valen, sino señalar la frecuencia con que la mujer se entrega al magisterio con fervor vocacional.

Y, a despecho del número y la calidad de las educadoras de niños, la Historia de la Pedagogía ostenta abrumadora preponderancia de nombres masculinos entre los técnicos de la Educación. Los de mujer corresponden a las colaboradoras de varones ilustres y, alguna vez, a innovadoras en el cultivo de la primera infancia.

¿Podemos creer que en realidad haya sido el cerebro del varón el único capaz de formular teorías y plantear innovaciones? ¿No será más bien que el hombre defiende su posición tradicional de caudillo y se complace más bien en reconocer en su compañera prendas éticas y estéticas y reservar para sí los valores intelectuales?

Los hechos muestran la pugna secular entre los hombres y las mujeres para dirimir estas diferencias. Tomo un caso señero, dramático, de mujer que defiende el derecho a ser ella misma y que, desde su altura, acierta a percibir ciertas razones que apoyan el derecho de la mujer a cultivar su entendimiento. Me refiero a Sor Juana Inés de la Cruz.

Acerquémonos a ella en los tristes años del último cuarto del siglo XVII. Malos vientos corren sobre la colonia: inquietudes, miseria, epidemias. La ilustre religiosa ha dejado de ser la poetisa mimada por virreyes y prelados, en su convento estudia, medita, escribe. Ahora mismo su pluma trasladada al papel la substancia de cierta conversación que sostuvo con alguien que está investido de autoridad para mandarle que así lo haga.

Es el caso que el padre Antonio Vieyra, en un sermón que pronunciara en 1650 y que ahora corre impreso, trató de "Las mayores finezas de Cristo en el fin de su vida", tema que más de una vez ha interesado

a la jerónima. El predicador lusitano engarzó sus pensamientos en la aseveración de que él presentará esa fineza suma del Redentor con acierto que supera al que hayan podido tener al respecto San Agustín, Santo Tomás y San Juan Crisóstomo; hasta asegura que nadie podrá señalar fineza mayor que la descubierta por él. Tamaña jactancia enardece a nuestra monja, quien, tras de confesar que la suya puede ser “desproporcionada soberbia, cayendo en sexo tan desacreditado en materia de letras”... Se consuela porque, si Vieyra, impugnó a tres santos padres, ella puede impugnar al docto no canonizado. Y agrega: Mi asunto es defender las razones de los tres santos padres... o mejor “defenderme con las razones de los tres padres”...

Y se embarca en la audaz empresa de donde, inesperadamente, surgirá, implacable, la decisión final de su extraordinario destino.

Cuando una ha releído la poesía de Sor Juana y por ella la ha amado, se engaña si pretendé poseer una imagen completa de la autora: es preciso entrar en la reciedumbre de su prosa para sentir el extraordinario vigor de la mujer y el fervor encendido de la religiosa. Apretados razonamientos donde la emoción se gobierna con mano firme nos van enterando: San Agustín señala como mayor fineza de Cristo el morir; Vieyra, el ausentarse. Sor Juana ratifica la opinión del santo y proclama la presencia perpetua del Dios Salvador: plantea Santo Tomás como mayor fineza de Cristo el sacramentarse; el predicador portugués arguye que es mayor la que implica el sacramentarse quedando sin sentidos; la monja despliega intrincada dialéctica en apoyo del primero. Pero donde se caldea más el ánimo de la sabia mujer es en aquellos pasajes donde Vieyra asienta, contra San Juan Crisóstomo, que no radica la mayor fineza en lavar los pies a sus discípulos, entre los que se contaba Judas, ya con el corazón poseído del demonio; sino en la humildad que movió al Salvador a plegarse a tamaño sacrificio.

Nuestra monja redarguye: claro es que San Juan piensa en el motivo cuando señala el acto. Al fin, para delicia de quien lee, despliega ella encendida argumentación para negar lo que Vieyra afirma: que Cristo nos ama sin pedir que lo amemos.

Sutiles argumentos se encadenan cuando Sor Juana reasume su actitud valiente, la que desafía todo el poder y el prestigio del “Ciceron lusitano” arrojándose a señalar una fineza mayor que las que él mismo propuso: el infinito amor de Dios, en supremo acto de protección al

hombre, realiza esta fineza sin par: deja de hacerle los beneficios que él no sabría agradecer.

Reitera la monja sus muestras de humildad; autoriza a su corresponsal para que enmiende lo que ella ha escrito en obediencia para con él; protesta sumisión a los mandatos de la Iglesia y se despide.

En el curso de la "Crisis" del sermón, se apoya Sor Juana en las autoridades, olvidada de sí misma, bien empapada en las sagradas escrituras.

De su mucho penar se desprenden —frutos maduros— afirmaciones serenas ya: "el inferior dolor llora, el supremo suspende y no deja llorar" . . . "Y es menor dolor privarse del logro del amor que sufrir agravios del amor y del respeto."

Mirándose vivir, segura de que han de censurarla por exhibir su pensamiento refinado, cosa intolerable en las de su sexo, se enfrenta al sol de sabiduría, modelo de teólogos y oradores sagrados.

Y el golpe viene del episcopado de Puebla. Su "Crisis de un sermón" se ha vuelto, por intervención oficiosa de un prelado, "Carta Atenagórica" que corre impresa por América y Europa. La sigue como el trueno al relámpago, la carta de Sor Philotea.

Ahí están los almiarados elogios y los reproches: muchos dones y muy altos ha recibido del Señor la religiosa: debe agradecerlos y emplearlos mejor que lo ha hecho.

De improviso, como se aprovecha una coyuntura deseada, se arrojan al rostro de la poetisa sus versos y el asunto de ellos. Se recuerdan palabras de San Pablo: "que las mujeres no enseñen"; se machaca en la idea de que el sexo femenino es propenso a la vanidad. Concede el autor de la carta que Sor Juana se ha mantenido dentro de la disciplina propia de su estado y apunta que no censura el que lea; sino que la invita a que mejore, leyendo "alguna vez" cosas de Jesucristo. "Mucho tiempo ha gastado v.m.d. en el estudio de filósofos y poetas" . . . "Esclavas son las letras humanas y suelen aprovechar a las divinas, pero deben reprobarse cuando roban la posesión del entendimiento humano a la sabiduría Divina, haciéndose señoras las que se destinaron a la servidumbre" . . . Reiteradamente vuelve a puntos como éstos la supuesta Sor Philotea, que firma la memorable epístola en noviembre de 1690.

Largo silencio. La respuesta en que Sor Juana nos lega la impagable semblanza de sí misma sale en marzo de 1691.

Confiesa que ha llorado, contra su costumbre: derrama las usuales fórmulas de rendida sumisión y acomete, valerosa, su propia defensa. Ha escrito porque se lo han mandado. No había tocado materia sagrada, por respeto y por temor de errar; ha preferido cometer herejías contra el arte que no contra la religión.

Ha estudiado para ignorar menos: ni para escribir ni para enseñar, que al fin y al cabo sólo posee cuatro bachillerías superficiales...

Por amor a la verdad entró en religión y trató de borrar su nombre...

Aquí la fresca evocación de la escuelita del pueblo y de los libros del abuelo; de la venida a México y de las lecciones de Gramática latina; de las medidas severas con que la autodidacta garantizaba el aprendizaje rápido y correcto.

Un panorama de la cultura sigue al recuerdo de su ingreso al convento, donde esperaba encontrar soledad y silencio propicios al estudio de las ciencias, todas ligadas entre sí y que son peldaños para llegar a la Teología.

Evocación de los tropiezos: la falta de la voz viva del maestro y de la cooperación de los compañeros; el triste don de versificar, que con los aplausos le concitara envidias...

Interesante recuerdo el de la época en que, privada de libros por orden superior, aprendía directamente en la observación de las cosas y los seres.

Suavemente se desliza Sor Juana a los campos que le hubiera vedado el temor, si su espíritu se dejara sorprender por él allá en su altura, esto es: si su pasión por el estudio se diera en un varón, se le aplaudiría, a ella se le reprocha como delito.

Más allá la lleva su valentía: se prohíbe predicar a todas las mujeres, cuando pudieran hacerse excepciones provechosas; se faculta para que lo hagan a todos los hombres que lo desean y entre ellos los hay tan necios, que su trunca cultura es como arma en manos de niño.

Larga es la lista de mujeres ilustres que vivieron en diversos tiempos y lugares; se cita la creación de mitos en que los paganos dan forma femenina a deidades de la sabiduría.

Con ímpetu creciente defiende la monja el empleo de la forma poética en escritos piadosos; desafía a quien le muestre algún verso suyo que sea indecente y reitera la afirmación de que Dios le dio el poder de

versificar, tan natural en ella, que más bien se hace violencia para escribir en prosa.

Evoca el recuerdo de su padre San Jerónimo perseguido y castigado por su saber humanístico y que, sin embargo, encontró colaboración perfecta en la erudita Santa Paula y mandó a Leta, igualmente docta, ser la maestra de sus hijos.

Aquí se detiene Sor Juana a considerar que para educar a las jóvenes son necesarias las ancianas doctas y señala para los padres este dilema: dejan rudas a sus hijas o las ponen en el trance, que entonces parecía indecoroso, de ser instruidas por varón.

La carta a Sor Filotea es el testamento espiritual de Sor Juana. En ella ratifica sus convicciones, ya probadas por su vida. Después... obedece, prescinde de sus libros y calla.

Pasemos revista a la singular existencia. Nunca vive en hogar propio, de esos donde el padre y la madre, por humildes que sean, velan por sus hijos, los dirigen. Hay, sí, la compañía de la madre analfabeta y la grata sugestión del padre de ella, del noble abuelo que posee libros escritos en latín y en romance.

Busca la niña las primeras letras en la amiga de su pueblo y tiende la ambición propia de su genio para ir hacia la Universidad, donde está empleado algún deudo suyo. Capta y organiza por sí misma los elementos de la lengua latina, donde introducen el orden las lecciones de Gramática del bachiller Martín de Olivas. Cae bajo la influencia de su confesor. Se salva de la adulación que en la corte le atraen su belleza, la precocidad de su talento y la amistad de las virreinas. Liquidada sus problemas sentimentales, luego vaciados en versos admirables; por sí misma llena sus necesidades espirituales, abrevando en la ciencia, empujándose por la Filosofía hacia la Teología.

Y en todos los momentos de su vida es ella misma. Desde su altura manda a las mujeres del porvenir que se cultiven aunque no las estimen; que decidan y se sostengan, contra toda lisonja, persecución y agravio. Que no teman descubrir los pies de barro de los colosos y que cumplan con los deberes que su estado les imponga... pues para todo hay tiempo y luces en el espíritu.

Dos siglos y medio han borrado hasta la sombra de las cenizas de Sor Juana, pero no han apagado la claridad que irradian sus escritos. Tras ella, innumerables mujeres en todo el mundo han ganado los caminos del

D I O N I S I A Z A M O R A P A L L A R E S

saber y se han forjado su propio nombre de colaboradoras en el progreso; alternan con el varón en las investigaciones y en la aplicación de la ciencia; las escuchamos en la cátedra y las vemos actuar en la política. Para las que son brillantes y descuellan; para las humildes innominadas, vaya este deseo reverente: que nada les impida aunar a todas sus notorias funciones aquella honda fuerza cósmica del instinto maternal que las inviste de su dignidad más alta: dar a los hombres, con la vida, la concordia, fruto del augusto magisterio que se alza sobre las asperezas del mundo con el ademán sagrado del sembrador de estrellas.

DIONISIA ZAMORA PALLARES